



La anormalidad de lo normal

Justo Andrés Concha Abarca

Viviana y Pablo eran una pareja muy joven que en una noche de juerga desatada quedan esperando un bebé. La reacción, cuando se enteraron de la noticia, fue de angustia más que de felicidad. No sabían qué hacer, ni cómo contarles a sus progenitores y amigos. Hubo un tiempo en que lo ocultaron, pero debido a las evidencias fisiológicas de Viviana no tuvieron más que sociabilizar la situación.

Los padres y madres respectivos tuvieron respuestas disímiles. Mientras algunos los apoyaron sin condición, otros se distanciaron. El principal apoyo vino por parte de la madre de Viviana, quien decidió acompañarla en el proceso, comenzando por las visitas médicas necesarias para hacer el seguimiento del embarazo.

Durante los primeros controles, los resultados eran halagüeños. Todo marchaba bien, dentro de los cánones normales. A mediados del cuarto mes de gestación y cuando estaba todo predisposto para identificar el sexo del bebé en gestación, la doctora notó algunas cosas especiales, pero para las cuales no tenía mucha claridad, por lo que sus comentarios eran ambiguos. Se notaban algunos aspectos diferentes en el ser en desarrollo. Ante las preguntas inquisidoras de Viviana, la doctora tenía respuestas evasivas, pero recalca que todo iba bien, lo que finalmente terminaba por calmar a la chica.

El feto crecía más rápido de lo normal y, cuando aún no terminaba el séptimo mes de embarazo, Viviana comienza a tener trabajo de parto. Se activó un mecanismo de emergencia, debido a que a todas luces habría un parto prematuro. Sin embargo, el o la bebé, que aún no se manifestaba en su sexo, tenía la talla y peso propio de un niño de 9 meses de gestación.

Viviana, Pablo y la madre de Viviana la llevan al centro de urgencia previas instrucciones de la doctora. Una vez en el hospital y luego de ingresarla, dada su dilatación pasan a Viviana a pabellón de inmediato. El parto sería natural, según el plan diseñado, pero en el momento, se opta por la cesárea debido al gran tamaño del bebé. Durante la operación transcurre todo de manera normal. Pablo acompaña y anima a Viviana quien está muy expectante. La doctora va haciendo disecciones por cada una de las capas de piel de Viviana, hasta llegar al útero. Cuando abren la incisión con unas correas con ganchos y la doctora se apresta a tomar al bebé, se produce un silencio sepulcral. Viviana se da cuenta y pregunta qué pasa. Pablo no sabe qué responder y tampoco se atreve a preguntar.

—¿Está vivo? — pregunta Viviana

Nadie contesta, frente a lo cual la joven insiste.

—¡¿Está vivo?!— pregunta casi gritando.

—¡Tranquila! — responde la doctora— Todo está bien

La doctora mira de reojo a sus asistentes. Da instrucciones susurrando, toma al bebé desde la cabeza y comienza a sacarlo de a poco, mientras zamarrea el cuerpo de Viviana. Una vez que lo saca y corta el cordón umbilical se lo pasa de inmediato a la pediatra, quien se lleva al bebé a una mesa contigua. Viviana le pregunta a Pablo por lo que pasa y éste le cuenta lo que alcanza a ver sin mayores detalles porque no los tiene. En un momento, Pablo se para e intenta acercarse a la camilla donde tienen a su hijo o hija, aun no lo sabe, pero una enfermera lo detiene y le pide que se mantenga en su lugar.



La doctora, le explica que el bebé debe pasar por un procedimiento mientras proceden a cerrar el vientre de Viviana. Al cabo de varios minutos, le piden a Pablo que abandone el pabellón, sin ver al recién nacido. Pablo se encuentra con su suegra en la sala de espera y le cuenta lo sucedido. Ambos se sientan en un sofá hasta que la doctora sale y les cuenta que el bebé de sexo indeterminado se encuentra en observación debido a la presencia de rasgos extraños que aún no tienen explicación. Ante la solicitud de precisión por parte de la madre de Viviana, la doctora explica que hay cosas como el color de la piel, tipos de ojos, dientes, cosa rara para un recién nacido, y otros pequeños detalles.

Cuando Viviana es llevada a la habitación, se encuentra con Pablo y su madre. Viviana duerme a ratos, agotada del tremendo esfuerzo hecho. Pasan días y los jóvenes aun no pueden conocer a su hijo. Viviana, ya está lista para que le den el alta. Cuando el doctor de turno la va a ver y firma su alta, ella exige saber cómo está el bebé y amenaza con no irse del hospital sin ver al niño. El doctor se va y luego de unas consultas, conduce a la pareja a la oficina del director del hospital.

El director los recibe y les explica que el bebé era niño, pero presentaba rasgos no humanoides. Su color de piel inicialmente violácea había dado paso a otro azulado. Los ojos tienen pupilas ovaladas y alargadas, sus orejas son más pequeñas de lo normal y los dedos, tanto de las manos como de los pies tienen formas distintas y alargadas. No hay explicación para lo que habían visto. Sin embargo, los signos vitales del ser eran normales, aunque se apreciaban un hiper desarrollo de sus sentidos. Todo hacía creer que el bebé percibía casi como un adulto. Su crecimiento seguía siendo anormal. Su talla era propia de un bebé de 4 meses. Los jóvenes no saben qué decir ni hacer. Preguntan si podrán ver a su hijo pronto. El caso está en observación de un número importante de expertos y no quieren apurar el proceso ni tampoco exponer a los jóvenes progenitores a un shock importante.

Varias semanas después, Viviana y Pablo son invitados al hospital para conocer a su hijo. Efectivamente, la impresión es fuerte. Ese ser no parecía humano. Viviana se pone a llorar. Pablo da unos pasos atrás y retira la mirada. Una psicóloga los acompaña haciendo contención. Viviana de a poco se va calmando y comienza a acercarse al bebé. Con mucho temor le acaricia la cara y descubre una suavidad sorprendente como si fuera una piel de porcelana. Pablo se sienta con la cara apoyada en las manos y, luego de varios minutos, se va y no vuelve más. El instinto maternal de Viviana la acerca como imán al bebé. Pregunta si puede sostenerlo en brazos y ante la respuesta positiva, lo toma, no sin problemas porque creía que sería más liviano. Lo toma con firmeza y lo abraza cariñosamente.

Después de esto, Viviana es invitada a visitar al bebé todos los días y se sorprende por cada avance y aprendizaje. Pregunta si podrá en algún momento llevárselo a casa, pero le explican que aún no es posible. Viviana con el apoyo de su madre y ahora el de su padre, sigue las instrucciones al pie de la letra y participa del proceso día a día, semana tras semana, mes a mes.

Pasaron 5 años y los expertos recomiendan la salida del niño, pero con resguardos. Le hacen una máscara que se adapta a su rostro y guantes que parecen de piel normal. La idea es intentar la inserción social del niño. Buscan un colegio que lo reciba, diciendo que la máscara se debía a que tenía heridas debido a quemaduras por accidente. La experiencia fue compleja, los niños solían recibirla bien, pero los padres y madres tenían reacciones contrarias. Intentaron con varios lugares, hasta que en uno se pudo adaptar mejor.

Cada vez con mayor discernimiento, el chico a quien llamaron Adán, le pregunta a Viviana acerca de por qué era como era. La joven madre le inventaba cuentos fantásticos para explicarle que él era un ser superior. El niño evidenciaba una capacidad de aprendizaje extraordinaria y una



hipersensibilidad sensorial que le permitía distinguir estímulos que para el resto de la gente no existían.

Adán leía mucho y textos muy complejos, incluso para un adulto. Sabía que era distinto, pero se resistía a pensar que era anormal a pesar de sus diferencias internas y externas. Sin embargo, se sentía desadaptado. Cuando había tenido algún sentimiento amoroso con alguien sentía vergüenza y temor al rechazo. Eso le dolía y se ensimismaba. Nunca tuvo amigos de verdad. Desde pequeño fantaseó con amigos imaginarios y se encerraba en su pieza a estudiar preguntándose por el universo, el sentido de la vida, de lo real e imaginario.

Cuando ya tenía 14 años, Viviana recibió una carta de una organización gubernamental que la invitaba a conversar acerca de la situación de Adán. Le explicaron que sabían del caso de su hijo y que una agencia internacional quería tomar contacto con ella para ofrecerle una solución a la situación de Adán.

Viviana aceptó la oferta. Ella y Adán tuvieron que viajar a Europa ahí irían a la AIAE. Después de hacerle una larga entrevista donde Viviana contó la historia suya y de Adán con detalles, los ejecutivos le explican que la organización se llamaba Agencia Internacional de Asuntos Extraterrestres. Le explicaron que tenían todos los detalles de la vida de Adán y que los antecedentes indicaban que su nacimiento se había debido a un alineamiento interplanetario que había producido un intercambio en el proceso de gestación. En algún lugar del universo, había un ser con los genes suyos tal cual como un intercambio de bebés en un hospital cualquiera. Viviana estaba incrédula, mas no Adán. Él escuchaba la teoría con mucha atención y decía que alguna sospecha tenía al respecto desde muy pequeño.

Viviana y Adán permanecen meses en las oficinas de la agencia hasta que unos investigadores dicen haber hecho contacto con una civilización a la cual podría pertenecer Adán. Le cuentan que existía la posibilidad de que pudiese ser enviado a dicho planeta bajo el más estricto secreto. Viviana se niega, no quiere perder a su hijo, pero Adán se entusiasma. Los años de reclusión y de desengaños queriendo sentirse normal habían producido un profundo sentimiento de resentimiento. El plan tenía plazos prolongados, se necesitaba construir un transporte y entrenarlo para resistir el viaje cuya duración podía ser de al menos, una década a una hipervelocidad.

Viviana y Adán conversaron día tras día, hasta que ella aceptó la situación debido al amor que sentía por su hijo. Después de 2 años, le informan que todo está listo. El despegue se haría desde una pequeña isla del mar Egeo deshabitada. Adán tenía una mezcla de nostalgia por su madre y mucha ansiedad por las infinitas posibilidades que se le abrían.

Llegó el día. Viviana y Adán se despidieron con un fuerte abrazo y la promesa de que algún día se encontrarían de nuevo. Adán sería el único tripulante de la nave y ésta estaba dotada de todo lo necesario para sobrellevar el largo viaje.

El despegue fue tranquilo lo que no dejó de producir una aceleración de todo el centro vegetativo de Adán. Se armó una rutina para sostenerse durante el tiempo que duraría el viaje. Vio, escuchó realidades nunca antes percibidas. Meditó acerca del ser, la existencia, la ilusión del Yo, la nada y el todo. Al cabo de varios años, un indicador de la nave le señala que está pronto a llegar a destino. Adán activa el protocolo de arribo y se predispone a una vida nueva. Todo resulta bien. La nave se posa en una suerte de hangar gigante. No se ve a nadie que lo reciba. Al bajar de la nave se abre una gran compuerta luminosa a la cual se acerca con un poco de temor. Camina por un pasillo largo sin fin aparente. Su corazón palpita fuerte y rápido y siente su cuerpo pesado. De lejos, ve una silueta que camina hacia él. Inicialmente no sabe cómo es, pero a medida que se acerca va delineando una



figura humana. A menos de unos 100 metros, la figura adquiere mayor definición. Es un joven, al parecer de su edad. Cuando ya están próximos, ambos caminan más despacio hasta detenerse uno frente al otro. Adán ve detenidamente el rostro del muchacho. Tenía rasgos finos, pelo sedoso y mediamente largo y café. Ojos grandes, profundos y una estatura media.

—Hola—le dice Adán.

—Hola—responde el otro extrañado de que hablen el mismo idioma.

—¿Hacia dónde vas? —le pregunta Adán.

—Voy a otro planeta.

—¿Por qué?

—¿No ves? —le responde el otro—¡Soy deforme!

Ambos se quedan en silencio. Después de unos minutos mirándose, ambos siguen su camino. Adán de vez en cuando mira hacia atrás y se encuentra con la mirada de ese chico cuando este giraba la cabeza. Una vez que la figura del otro joven se pierde, Adán se detiene, respira profundo y sigue su camino con decisión.